

MARC BADAL PIJOAN

Vidas a la intemperie

*Nostalgias y prejuicios sobre
el mundo campesino*

seguido de

Mundo clausurado

Monocultivo y artificialización

ÍNDICE

Prólogo	7
Nota del autor	II

Vidas a la intemperie

Introducción	17
--------------------	----

Los otros y los campesinos	33
Razones	37
Barro	71
Edenes	101

Los campesinos y el mundo	125
Otros	129
Miradas	141
Mundos	157

Mundo clausurado

Monocultivo y artificialización	191
---------------------------------------	-----

PRÓLOGO

VIDAS A LA INTEMPERIE nos habla de la pérdida de un mundo, el campesino, compuesto por muchos pequeños mundos que, como Marc Badal advierte, se han ido alejando de nuestras latitudes en silencio, víctimas de un «etnocidio con rostro amable». El texto defiende la necesidad de recuperar las «ruinas que explican nuestro tiempo», cuestionando la mirada sobre el mundo rural que se produce desde los grupos normativos, aquellos que pueden generar normas y representaciones colectivas con mayor eficacia. Se propone ampliar la perspectiva «urbana desde la que se ha escrito la historia» y que ha definido «lo relevante y lo memorable». En este sentido, nos invita a un viaje al pasado que nos permite comprender un presente en el que nos hemos quedado huérfanas.

Mediante una recopilación de citas e historias, el autor va tejiendo cuidadosamente multitud de voces que nos ayudan a entender los diversos mundos campesinos, haciéndonos transitar durante la lectura entre los «prejuicios y las buenas intenciones», entre *barros y edenes*.

Partiendo de la historia de Aleksandr Vasílievich Chayánov, uno de los clásicos del pensamiento social agrario, el texto reflexiona sobre el campesinado como sujeto histórico revolucionario. En esa tarea, bebe de múltiples fuentes: entre ellas, la de los pensadores anarquistas y su fe en la naturaleza revolucionaria del campesinado; o la de Marx y Engels, que anunciaron su necesaria e inevitable desaparición.

En el *barro* se nos señalan los prejuicios que el pensamiento social ha acumulado sobre el mundo campesino, resaltando las contradicciones de unos observadores que no son capaces de cuestionar sus concepciones del tiempo histórico ni de ver más allá de sus propias nociones de lucha y resistencia. El campesinado, sin embargo, tiene sus propios tiempos y desarrolla resistencias cotidianas: actos minúsculos, estrategias ocultas y silenciosas, «pequeñas heroicidades que le permiten mantener un resquicio de dignidad».

Por otra parte, en el *edén* emergen algunas voces de exaltación del campesinado: desde el Siglo de las Luces, en el que la nostalgia del campo aparece unida al exilio; hasta la ultraderecha franquista, que lo utilizó para ensalzar los valores patrios. Como ejemplo de esta idealización, y acercando con mucho acierto la discusión al contexto actual, el autor también cuestiona el turismo rural, que convierte el campo en un «decorado» que no se corresponde con lo que se ha ido a buscar. Una crítica extensible, y especialmente interesante desde el punto de vista de quienes apostamos por la soberanía alimentaria, a aquellas personas que —como señala Marc Badal— vamos a vivir al mundo rural en busca de refugio y también construimos nuestra propia idea del mismo antes de llegar a conocerlo, ansiando unos valores que se marcharon hace tiempo.

Con la humildad que ello requiere, el autor defiende la necesidad de acercarse a la visión que las gentes campesinas tienen de sí mismas y es por eso que las escucha y construye desde ellas, aportando así transparencia en el análisis. Sin embargo, y a pesar de su sensibilidad, se echan de menos las voces de mujeres, tanto en el recorrido por los diferentes autores como en la construcción de los mundos campesinos desde sí mismos. Sin duda, ellas aportarían nuevas miradas a la comprensión de las comunidades campesinas, de las familias y del propio trabajo. Y es que, como se afirma en el texto, el trabajo campesino está unido al amor; y del amor en el trabajo, las mujeres y los feminismos sabemos mucho.

NOTA DEL AUTOR

EL AZAR HA QUERIDO que esta edición coincida con el veinte aniversario de unos hechos que, si bien no guardan relación con los contenidos del libro, en cierto modo lo preceden y lo explican.

El 23 y 24 de octubre de 1997 se produjo el desalojo de Sasé, un pueblo del Pirineo aragonés que había sido okupado por un colectivo de personas que pretendía reconstruirlo y devolverle la vida que las políticas franquistas habían segado en las décadas del auge desarrollista.

El recuerdo de aquellos días, y de los meses previos de resistencia frente a la orden de la Diputación General de Aragón, no sólo permanece por la intensidad de todo lo ocurrido sino porque la experiencia supuso, para algunos de nosotros, un punto de inflexión.¹

Dejar la ciudad para instalarse en algún rincón perdido entre bosques y montañas es un sueño acariciado por todos aquellos que, en algún momento, saborean el amargor de la desorientación y el desarraigo inherentes a una cotidianidad confinada en los entornos urbanos de las sociedades industriales contemporáneas. Aunque, generalmente, se trata de un anhelo tan banal como pa-

1 Sobre aquel episodio apareció un artículo en el n.º 40 de la revista *Ekintza Zuzena* que puede consultarse *on line*: «Sasé, octubre quebrado».

sajero, algunos, en su día, nos tomamos al pie de la letra aquella quimera juvenil.

Pronto comprobamos que muy poco de lo imaginado se correspondía con lo que significa realmente habitar en los márgenes del mundo rural actual. El desengaño suele ser proporcional a la ilusión necesaria con la que alguien decide echar por la borda los planes de vida que supuestamente le aguardaban si hubiera seguido el recorrido impuesto por sus circunstancias. La imagen naif en torno a esta huida hacia el campo se desvanece cuando se impone el inapelable contraste de la propia experiencia.²

A pesar de ello, se nos sigue acusando de padecer un grave trastorno de percepción que, por un lado, nos lleva a considerar como algo factible aquello de *otro mundo es posible* y, por otro, a sufrir una nostalgia enfermiza por una pretendida arcadia campesina perdida en la noche de los tiempos.

Respecto a esta querencia por el mundo campesino tradicional, no deja de ser curioso el hecho de que, salvo en contadas excepciones, desconocemos prácticamente por completo la historia de los territorios que habitamos. Difícilmente se puede reivindicar algo que no se conoce. ¿O quizás es, precisamente, ésta la condición necesaria para cualquier proceso de idealización?

De esas falsas acusaciones, que tal vez no lo son tanto, y de estas lagunas en la memoria es de donde parten y hacia donde se dirigen las siguientes páginas.

Aunque, probablemente, no es posible escribir sin hablar de uno mismo, las preguntas que articulan el libro en ningún momento han tratado de eludir esta aproximación personal y deben

2 En otros lugares he abordado con detenimiento la (auto)crítica de este fenómeno de «vuelta al campo». Ver, por ejemplo, *Fe de erratas; la agitación rural frente a sus límites* (fanzine autoeditado también publicado en el n.º 4 de la revista *Raíces*).

Vidas a la intemperie

INTRODUCCIÓN

EL 21 DE ENERO de 2008 moría Marie Smith Jones a los ochenta y nueve años de edad. Vivía en Anchorage, Alaska. Fumadora y bebedora empedernida, se había casado en 1948 con un pescador de Oregón con el que tuvo nueve hijos. Originaria de un pueblo llamado Cordova, junto al delta del río Copper, sus padres, al nacer, le pusieron el nombre de *Udachkuqax*a'a'ch* («un sonido que gritas a la gente desde lejos»). Marie Smith Jones era la última *eyak* criada en su lengua materna. El eslabón que cerraba una cadena cultural originada diez mil años antes.

El linaje de los *eyak* padecía sus primeros inviernos cuando en otras latitudes más benignas algunos pueblos aprendían a cuidar y reproducir plantas comestibles. Nacía un modo de transitar por la vida a ras de suelo.

Desde entonces, los pueblos campesinos han poblado la tierra con una miríada de pequeños universos. Variaciones infinitas de una misma melodía:

- El empeño por alimentar a los de casa y el yugo de quien les roba su trabajo.
- Dejarse la piel a diario para seguir haciéndolo toda la vida.
- El gusto por el golpe certero, fruto de la necesidad de no equivocarse en sus decisiones.
- Observar toda la vida para seguir aprendiendo.

· La falsa sumisión con el de arriba y la férrea obligación con el de al lado.

· Sobrevivir para seguir sobreviviendo.

La muerte de Marie Smith Jones inaugura el epílogo histórico de la lengua *eyak*. Cuando una lengua enmudece, un mundo se pierde.

El rodillo de la modernización borra cualquier rasgo de diferenciación con el que poder orientarse. Cuando un mundo acalla a los demás, se inaugura nuestro propio epílogo.

El último aliento de aquella lengua nativa de Alaska pasaba inadvertido entre nosotros. Sin darnos cuenta, aquel mismo año también superábamos un umbral de una importancia difícil de valorar. Uno de los rasgos que perfilan la fisonomía de nuestro tiempo.

Por primera vez en la historia vivían más personas en las ciudades que en el campo.

LA CIUDAD ES EL lugar de la concentración, la concentración hecha lugar.

Un polo que atrae un flujo ininterrumpido de cuerpos y de expectativas. De materia y energía en todas sus formas. Espacio en movimiento perpetuo. Rotación acelerada que genera el impulso centrípeto del cual emana su magnetismo.

La ciudad es siempre la morada de algún tipo de poder. Es un centro.

La mirada urbana ha escrito la historia. Ha determinado lo relevante y lo memorable. Ha definido a qué nos referimos cuando hablamos de cultura. La ciudad es autorreferencial. Se basta a sí misma. Sus confines marcan un límite que raramente rebasan sus habitantes. Y cuando lo hacen suele ser para trasladarse a otra ciudad.

El campo es la distancia a atravesar. Lo que se ve de soslayo a través de la ventanilla para mantener la ficción de que existen ciudades distintas.

Una imagen congelada. Una realidad muda.

Un entorno residual, vestigio de un tiempo superado, receptor de todo lo que molesta y no tiene cabida en la ciudad.

En un mundo de metrópolis, lo rural constituye una alteridad. Ninguneada al mismo tiempo que admirada. Un objeto digno de contemplación que no exige ser entendido. Que se deja explicar sin hacer puntualizaciones. Que muestra lo que uno espera encontrar y oculta con decoro las heridas que le han causado.

La ciudad y el campo. Lo urbano y lo rural. Dos mundos que se definen a partir de su oposición...

EN NUESTRO INTENTO POR comprender lo que acontece no encontramos mejor asidero que el de los conceptos, prótesis de gran utilidad, pero si dejamos que anden por nosotros, corremos el riesgo de no llegar a ninguna parte. Si la idea de campo y de ciudad son mutuamente excluyentes, la realidad de la ciudad y del campo nunca lo han sido. La membrana que separa ambos espacios, más que porosa, está desgarrada.

El metabolismo urbano depende por entero de lo que ocurre en el campo. De los alimentos y otros bienes que allí se producen. Sin embargo, para las generaciones actuales es menos evidente la dimensión rural que siempre ha tenido la propia ciudad.

Hasta fechas recientes, la ciudad ha producido parte de sus alimentos. Vaquerías y hornos de pan en los barrios populares, redes de pesca que se remendaban sobre el asfalto. El pequeño comercio vendía alimentos traídos por quienes los habían producido. Hacer la compra implicaba recorrer a diario las calles más cercanas: los huevos y el pollo en esta esquina, dos travesías más allá, los encurtidos; la fruta y las verduras en el mercado de abastos.

En la toponimia urbana abundan referencias a esta ciudad rural. La alhóndiga de Bilbao no siempre ha sido un centro cultural. Tampoco el matadero de Madrid. Los regantes de la huerta valenciana llevan siglos resolviendo sus litigios en El Tribunal de les Aigües, enclavado en el corazón de la capital. Hasta la llegada del ferrocarril, los rebaños que abastecían de carne a la *City* de Londres entraban por su propio pie al centro de la ciudad.¹

1 Carolyn Steel, *Hungry city*, Vintage, 2008.

Huertas y viñedos a ambos lados de las murallas de las ciudades medievales. Jaulas de conejos y gallineros en las azoteas de la posguerra. Victory Gardens en el New York de la Segunda Guerra Mundial, huertas de jubilados en las cunetas de las circunvalaciones.

Existe también una ciudad rural que no se deja cartografiar. Habitada por millones de personas.

Se encuentra en el pensamiento y el recuerdo de los que se marcharon de su pueblo sin llegar a dejarlo del todo. En algunos de sus gestos. En sus ganas de volver siempre que pueden. Es el campo en el exilio. Los campesinos expulsados de sus tierras que nunca han acabado de adaptarse al medio en el que fueron reclusos.

La ciudad contemporánea oculta los últimos rasgos de su ruralidad. Por el contrario, en el campo se perciben cada vez con mayor nitidez las señas de identidad que perfilan su nueva condición urbana.

EL PÚBLICO ASIDUO A los teatros hace tiempo que se ha acostumbrado a encontrarse los personajes de Shakespeare vistiendo traje chaqueta o calzando zapatillas deportivas. No se siente defraudado ni confundido, pues la trama se mantiene.

En el mundo rural actual, aunque visiblemente apolillada, la escenografía sigue siendo la misma, pero la trama representada ha cambiado por completo.

Salvo en zonas muy concretas, las actividades agrarias han dejado de ser el eje sobre el que reposa el entramado social. La gran mayoría de explotaciones no ha conseguido permanecer en el tren de la modernización. Han ido cerrando sus puertas desde la llegada de *Mr. Marshall*.

Las que todavía se mantienen llevan a cabo una actividad a la que cuesta denominar *agraria*. El sector primario ha sido erradicado. Los que siguen cuadrando las cuentas a fin de mes son empresarios industriales que aplican como nadie los principios de la flexibilidad. Libertad de horarios y salario, de contratación y despido, de condiciones y derechos laborales.

Los que sobreviven de las ayudas forman una legión de técnicos de servicios ambientales y paisajísticos.

Los ingredientes con los que las gentes de pueblo cocinan sus vidas son los mismos que en la ciudad. Cambian sólo algunos aderezos. La relación con el mundo, horas perdidas frente al televisor. La relación con el entorno, desplazamientos constantes sentados al volante. La relación con los vecinos, un saludo cordial.

Las familias extensas, espina dorsal de la socialización campesina, han sido atomizadas. También en los pueblos todos que-